

Laudatio Savater*

Héctor Subirats

(Fundación Ibero-UNAM, México)

Hace casi treinta años que, por paradojas del destino, encontré en una librería religiosa del DF** el primer libro que leí de Fernando Savater; era *Nihilismo y acción*. Sólo ver el título ya me enganchó: soy de esa secta de fanáticos a los que ciertos títulos dejan tan deslumbrados como el rostro de esas muchachas a las que miras y piensas ‘ni lo intentes, esto no puede hacerte más que daño’.

La verdad es que, en lo que se refiere a la burocracia universitaria, las lecturas de Savater me sentaron peor que la mirada de alguna mujer.

La primera vez que lo invité a Acatlán tuve que hacer una ligera variación curricular y convencer a los que pagaban que, en realidad, el profesor español que invitaba era un marxista heterodoxo. Un mes estuvo Savater impartiendo un par de cursos sobre Nietzsche y Kierkegaard; los jefes, que eran leninistas, pero no por ello necesariamente tontos, tardaron exactamente una semana después de su partida en despedirme.

Otra visita fue a propósito de la utopía y el *1984* de Orwell, encuentro del que Savater conserva el póster colgado en la sala de su casa; aquí la cosa fue más rápida, exactamente al día siguiente de la partida de Savater fui echado a patadas de la facultad.

Nótese que no por ello le guardo rencor, sino agradecimiento; los despidos me animaron a emigrar, a no quedarme enmohecido en aquella facultad, a cambiar de aires, de oficio. Y así, además de a leer a Savater, a beber, discutir, reír con él. Y, sobre todo, a hacer muchos viajes, entre ellos dos memorables a París, donde me llevó a tomar abundantes vinos con mi gurú de cabecera: Cioran.

Me imagino que el cura jefe de compras de aquella librería, o era un blasfemo, o compraba al peso. El asunto es que después de leer el libro, mis prontos antirreligiosos se fueron limando con repetidas visitas a aquel templo: allí encontré *La infancia recuperada* y *La filosofía tachada*.

* Discurso pronunciado en la Universidad Autónoma de Veracruz el 5 de diciembre de 2005 con motivo del nombramiento de Fernando Savater como *Doctor Honoris Causa* de la misma.

** Iniciales de “Distrito Federal”, que es como, por lo general, se conoce en México a su capital.

¡Quien lo iba a decir! En aquella casa dedicada al proselitismo religioso me topé con el filón que yo esperaba: alguien que dijera en mi lengua, por fin, todo lo que detestaba de la academia y la verborrea pseudo-izquierdista que padecía yo en una Facultad que más bien carecía de cualquier facultad. Aquella librería tenía otras virtudes: allí encontré libros de Cioran, Camus, Yankelevich, éste, por cierto, entre varias joyas de una editorial sorprendente, la de la Universidad Veracruzana, gracias al magnífico olfato del profesor Salmerón, magníficamente sustituido por otro olfato literario privilegiado, el de José Luis Rivas.

Decía Orwell que si la libertad significa algo, ha de ser el derecho de decirle a la gente lo que no quiere oír, y Savater lo decía y además lo escribía con una prosa clara, incisiva y siempre abierta a la ironía; en pocas palabras: era un insumiso dedicado a sacudir conciencias soñolientas y, por si fuera poco, con una prosa clara, directa y cargada de ironía.

Contra la prédica y la creencia, la vivencia de la insumisión; frente a los tratadistas cuyos diplomas sólo prueban que poseen un diploma de limitación, alguien que considera que filosofar es hacer de la curiosidad una virtud. La obra de Savater representa desde el principio, entre la grisura de los manualistas, la osadía de un pensamiento racionalista cuya ética se basa en la alegría y la vida, creyendo en un ser humano que pueda vencer las servidumbres a las que parece destinado; en este punto, Savater es sin lugar a dudas un seguidor de un maestro al que leyó en circunstancias poco alegres, es decir, entre las rejas de una celda: Spinoza.

Otra ventaja de la lectura de los libros de Savater es su debilidad por lo políticamente incorrecto; cuando hay autores a los que uno ya no lee porque sabe de antemano por dónde van a salir, él es capaz de escribir cosas como ésta: “Nadie puede saber con certeza qué figuras representarán en la imaginación de nuestros descendientes este siglo que hemos vivido y que comenzamos a despedir. ¿Proust, Kafka, Picasso? ¿Orson Wells, Bertrand Russell, Einstein? ¿Hitler y Stalin, con una mención a pie de página para Gandhi? En cualquier caso, si a mí me preguntaran desde el futuro con quién quedarse (consulta que no parece probable) yo les aconsejaría que optasen por Groucho y lo demás se lo dejaran a los especialistas. El Siglo de Groucho Marx: con eso basta, realmente. Pero no tendremos tanta suerte...”.

Algunas de las páginas más emocionantes que ha escrito Savater se encuentran en su autobiografía, justo en el capítulo titulado *Lo que te debo*, dedicado a su madre. Los mexicanos sabemos, quizá mejor que nadie, lo fácil que es resbalar en la cursilería cuando de hablar de la madre se trata; me refiero, claro, a nuestra madre: cuando es la de otros, ya sabemos...

En esas páginas no hay ni asomo de sensiblería; Savater recuerda que las lecturas que primero le leyó su madre, y después le seleccionó, le “hicieron el alma”.

De las facetas por las que su madre “le hizo el alma” destaca la que a mí más me divierte, la de polemista; a propósito de ella, Savater escribe: “también eras capaz de discutir artera e incansablemente. Nunca he tenido mejor adversario polémico que tú, es decir nunca lo he tenido peor. Después de haber cruzado armas verbales contigo durante años, todas las batallas dialécticas me parecen sosas. Tenías la honradez básica de aceptar de inmediato el núcleo de lo que se debatía en cada caso, para luego desplegar todas las artimañas imaginables capaces de debilitar la posición contraria. Percibías infaliblemente la más pequeña grieta en la armadura del adversario y arremetías sin contemplaciones. En especial fuiste siempre magistral en el manejo de la ironía demoledora y en el subrayado de ese aspecto ridículo o enclenque de nuestra posición que todos evitamos poner a la luz.

Me temo que también en esta peligrosa habilidad he sido un discípulo tuyo incluso demasiado aventajado”.

Defensor incansable de los derechos humanos, es decir, de los derechos del individuo frente al absolutismo tribal; dicho en otras palabras, y para enojo de quienes disfrutaban con el calor del establo, “poner la sociedad al servicio de los fines del individuo, rescatándole de su sacrificio irrestricto y ciego; la condición humana genérica debía ser para ello previa, de más alto rango que cualquier caracterización nacional, histórica, ideológica, todo ello para escarnio de los reaccionarios que piensan que lo humano es una abstracción sin sustancia”.

Hay quienes se echan una bandera por causa y viven tan tranquilos; también los hay que se echan una causa por bandera y basta. A Savater le sobran las banderas y no le basta una causa, y quizá un aforismo de Lichtenberg lo defina: “aunque mi filosofía tampoco descubra nada, al menos tiene suficiente corazón para considerar inexistente los pensamientos establecidos”.

Lo que algunos llaman “el optimismo filosófico de Savater”, para mí no tan claro, debe surgir de alguna fuerza escondida tras su mala salud de hierro. Estoy convencido de que en muchas ocasiones Savater sabe “que la vida es un cuento narrado por un idiota lleno de ruido y de furia, y que no significa nada”, y sin embargo él se esfuerza en encontrar la pluralidad de significados, en desenmarañar las posibilidades de la ética en medio del fango de la política. A Savater le interesa la ética porque hace la vida humanamente aceptable, y la estética porque la hace humanamente deseable. La vieja definición de que un optimista no es más que un pesimista desinformado, no se cumple en el caso de este autor.

Los especialistas, los tratadistas disfrazan su incapacidad narrativa tras la farsa de que, mientras más oscuros, más profundos. Los tratadistas piensan que la sabiduría los persigue, pero ellos son más rápidos. A ellos les dedica Savater un aforismo: “¡Y pensar que el interés por la filosofía comien-

za con el sobrecogimiento de la muerte inexorable y concluye buscando bibliografía!”. Una de las cualidades de Savater es que su discurso está elaborado de tal manera que los no especialistas pueden seguir sus argumentaciones, asentir o discrepar, rechazar o compartir las sospechas que se comunican. Todo ello, siempre con cautela frente a su propio discurso.

Savater es un experto en transmitir con precisión y fluidez todo aquello que la pedantería académica convierte en palabrería hueca. Dicho de otra manera, Savater consigue que lo que parece sólo para iniciados vuelva a la polis contribuyendo a profundizar el diálogo público de los ciudadanos.

Por supuesto, esto no es tranquilizador; Savater es consciente de que la filosofía no resuelve nada. Al contrario, frente a los que tienen respuesta para todo, sólo aumenta la sospecha. Y las sospechas son muchas; hay quien le critica a Savater estar en demasiados frentes, pero el asunto es simplemente visceral: su capacidad de indignación le impide quedarse callado y, en este caso, la víscera no excluye la razón, las razones. Razones que huyen del dogma como de la peste, con una dosis gratificante de humor y con fascinación por los juegos de palabras que con tanta maestría manejó su amigo Cabrera Infante. Enrique Gil Calvo lo definía bien con estas palabras: “Si Savater puede desempeñar ese incómodo trabajo de ejemplo moral para una generación es porque, a la vez, es uno de los pocos autores con obra propia, internacionalmente digna de consideración, que desde Ortega y Gasset ha aportado la filosofía española. Cuando el resto de los profesionales académicos se inscriben en escuelas previsibles, según los ejemplos foráneos importados sin significativa modificación (francfurtianos, hermenéuticos, analíticos, posmodernos, etc.), Savater, por su cuenta y riesgo, se ha decidido a crear su propia obra original y singular”.

Ser valiente no es no tener miedo, es hacer lo correcto aun si tienes miedo.

Es en Borges donde Savater aprendió que la filosofía es, ante todo, una rama de la literatura; convicción que no podía más que llevar al espanto a los que viven de la oscuridad de su pensamiento.

De Conrad a Nietzsche, de Stevenson a Borges, de Spinoza a Cioran, las fuentes de Savater respiran la heterodoxia de un francotirador enfrentado a los grandes sistemas de pensamiento.

El pensamiento de Savater ha ido cambiando en algunas cuestiones; la experiencia, el desarrollo de los acontecimientos lo han hecho repensar algunas de sus posturas originales. Savater sabe, por supuesto, que los volubles nunca cambian. En otras cuestiones la obra de Savater se ha mantenido firme, por ejemplo, en su defensa de la educación pública y laica, asunto no menor en tiempos donde la regresión religiosa avanza implacable y la educación pública es menospreciada por las élites en el poder.

¿Qué es la laicidad para Savater? “Es el reconocimiento de la autonomía de lo político y civil respecto a lo religioso, la separación entre la esfera terrenal de aprendizajes, normas y garantías que todos debemos compartir y el ámbito íntimo (aunque públicamente exteriorizable a título particular) de las creencias de cada cual... debe recordarse que la enseñanza no es sólo un asunto que incumba a la familia, sino que tiene efectos públicos por muy privado que sea el centro en que se imparta... Algunos partidarios a ultranza de la religión como asignatura en la escuela han iniciado una cruzada contra la enseñanza de una moral cívica o formación ciudadana. Al oírles parece que los valores de los padres, cualesquiera que sean, han de resultar sagrados mientras que los de la sociedad democrática no pueden explicarse sin incurrir en una manipulación de las mentes poco menos que totalitaria. El laicismo es una determinada forma de entender la política democrática y también una doctrina de la libertad civil. Consiste en afirmar la condición igual de todos los miembros de la sociedad, definidos exclusivamente por su capacidad similar de participar en la formación y expresión de la voluntad general, y cuyas características no políticas (religiosas, étnicas, sexuales, genealógicas, etc.) no deben ser, en principio, tomadas en consideración por el Estado”. Finalmente, Savater ofrece el “primer mandamiento” de que la laicidad consista en romper la idolatría culturalista y fomentar el espíritu crítico respecto a las “tradiciones propias y ajenas”.

Esta laicidad tiene línea directa con la Ilustración y con el diálogo que de ella se desprende. Savater es “racionalista –frente a las verdades reveladas o los dogmas tradicionales–, pero no convierte ningún modelo simple de razón en nueva revelación o tradición intocable... La confianza providencialista en el progreso puede ser lo más periclitado de la Ilustración, pero no la noción de historia como memoria necesaria y proceso continuo en el que se contrastan proyectos y resultados. Francamente, en una época de rearme nacionalista, xenófobo e integrista, cuando las democracias se vacían de libertades y se rellenan con corruptelas autoritarias o demagógicas, la propuesta ilustrada me parece más que nunca un ideal a poner en práctica y también la herramienta insustituible para realizarlo”.

Debo admitir que tengo una ventaja sobre la mayoría de los lectores de Savater, y consiste en que, aparte de haber sido lector de Fernando desde su primer libro, soy su amigo, y esta ventaja no deja de ser extraña. Explicaré por qué. Son muchos los autores a los que admiré por su obra y a los que tuve la osadía de conocer personalmente. ¡Qué desgracia! ¿Cómo volver a disfrutar de aquel maravilloso texto después de haber conocido a este pesado? ¿Quién le habrá dictado estas páginas a este subnormal? Teóricos del hedonismo más tristes que un sepelio. Fanáticos de la anarquía más autoritarios que el Padre Stalin, humoristas más secos que el desierto de Sonora; en

fin, de todo. Pues bien, a pesar de estas tristérrimas andaduras, corrí el riesgo y conocí a Savater, y me demostró que la decepción no confirma la regla. Eso, a pesar de que en un viaje a Baja California a la búsqueda de las ballenas, instalados en un precioso hotel, caminando por una playa maravillosa, me miró y me dijo: “todo es perfecto, lástima que yo esté contigo y tú conmigo”. El riesgo que corrí de encontrarme con otro memo pretencioso me ha depurado muchos de los momentos alegres de mi deteriorada existencia.

Dice el diccionario que *laudatoria* significa hacer alabanza de una persona. Por asuntos viscerales y experiencia histórica soy más proclive a la burla, el desencanto e incluso el insulto, pero en esta ocasión, la verdad, me la pusieron muy fácil.

Argumentos, sobran; por tu talento, por tu escritura, por tu ingenio, por tu valor y por tu amistad, ha sido un placer ser tu contemporáneo. Y gracias a la Universidad Veracruzana por regalarme este momento. ¡Salud, maestro!